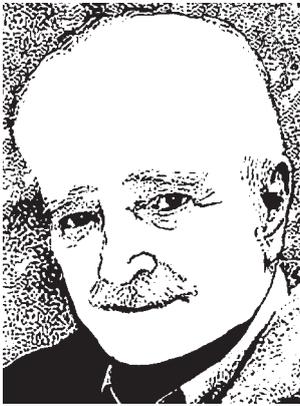


Palabras para mis

PALABRAS PRONUNCIADAS POR CARLOS GOROSTIZA EN LA INAUGURACIÓN DEL VI SALÓN INTE



Señoras, señores, colegas: buenas tardes.

Ante todo quiero agradecer la extraordinaria distinción con que, tal vez con cierta inconsciencia, me honra hoy esta Asociación, y que yo, por supuesto, acepto con inconsciencia total. Es una distinción que seguramente fue generada por la fuerza imaginativa de mis colegas y amigos Jesús Campos e Ignacio Amestoy, y también de mi viejo colega y amigo Antonio Buero Vallejo; con él tuve el honor de compartir la condición de víctima de la censura española en 1950 y probablemente desde algún rincón misterioso él también tuvo algo que ver con esta aventurada decisión de la **Asociación de Autores de Teatro**. A todos muchísimas gracias, pues.

[Carlos Gorostiza]

Antes de entrar en temas —en plural, porque seguramente no será sólo un tema— debo advertirles acerca de un concepto que acompaña desde hace tiempo mi confusa filosofía de vida. Este concepto se refiere a mi duda acerca de la existencia de la verdad absoluta. En palabras más sencillas, podría decir que para mí lo único seguro es la duda. Bien: hace unos días quise transmitir esta opinión a un nuevo amigo, y cuando le dije: «Mirá, lo único seguro es la duda», él me respondió: «Quién sabe». Esta disidencia no hizo más que confirmar mi punto de vista.

Tal vez sea este tema de la duda el que más me preocupa desde hace años y el que desde hoy puede llegar a preocuparles a ustedes. Porque debo confesar que, enmarañadas entre todas mis dudas, a veces descubro algunas preocupantes convicciones luchando por aparecer. Y lo más interesante del caso es que a veces logran su propósito y aparecen. Por ejemplo, aquellas que tienen que ver con mi propio oficio, el oficio que elegí o el que me eligieron vaya uno a saber quiénes y cuándo. Y me estoy refiriendo a este oficio de escribir, que cuando se utiliza de manera horizontal para escri-

bir una novela se le califica al autor como escritor, mientras que cuando la práctica del oficio se realiza en forma vertical, escénica, se califica al escritor como autor. ¿Por qué? ¿No es que ambos, tanto el narrador como el autor teatral, escriben? La humanidad jamás negaría la presencia de Shakespeare o Molière en la nómina de los mejores escritores de la Historia. Entonces, ¿a qué se debe esta confusión? ¿Y a qué se deben conocidas insistencias en negar al texto teatral la calidad de «literatura teatral»? Es cierto que existen diferencias. Todos sabemos que el texto de un cuento o de una novela es un texto acostado, fijo en el papel, de carácter reflexivo y definitivo sin otras interpretaciones que las que pueden originarse en la mente privada del lector. Y que, en cambio, el texto de una obra teatral está expuesto sobre el papel como un desafío para que las actrices y los actores lo pongan luego de pie sobre la escena. Sabemos también que es necesaria una tercera presencia: la de los espectadores; y que es allí cuando los tres —texto, actores y espectadores— convierten el texto teatral en un hecho vivo, una ceremonia renovable y enriquecida cada noche, gracias a la pre-

Todos sabemos que el texto de un cuento o de una novela es un texto acostado, fijo en el papel, de carácter reflexivo y definitivo sin otras interpretaciones que las que pueden originarse en la mente privada del lector.

colegas españoles

INTERNACIONAL DEL LIBRO TEATRAL TRAS SU NOMBRAMIENTO COMO SOCIO DE HONOR DE LA AAT

sencia dispar —por ánimo, aliento y suerte distintas— tanto de actores como de espectadores.

Pero... ¿no es esta, al fin, la misma ceremonia que se produce en la mente del lector de una novela en el momento en que el texto excita su imaginación? El texto escrito en una novela es —o debería ser— el resultado decantado de la reflexión y, en el mejor de los casos, del pensamiento profundo; pero para elevar el trabajo teatral a la categoría de Arte tampoco deben estar ausentes estas condiciones. Sólo que en el Teatro el resultado final —al conjuro de las tres presencias: texto, actor, espectador— se convierte en un hecho dramático vivo. Pero siempre, para lograr ese estado, el autor teatral debe antes trabajar con la palabra: elegirla, destacarla, oscurecerla, iluminarla. Y todo esto tal vez con el riesgo de expresar un sentimiento confuso, oscuro, primitivo. Pero es así como generalmente se llega a la catarsis. Y aquí me atrevería a agregar que si bien lo que se entiende por texto literario —el horizontal, el acostado— tiene problemática cabida en el teatro, el texto considerado teatral es de por sí, y de una manera clara así hay que llamarlo, literatura viva. Es decir, literatura teatral.

Felizmente hay gente que a veces piensa como nosotros; me refiero a gente dedicada a discernir quiénes son los escritores que merecen una distinción tan importante como el *Premio Nobel de Literatura*. Felizmente, dije, porque este año, como todos sabemos, el *Premio Nobel de Literatura* (de Literatura) fue otorgado a un autor teatral, a un dramaturgo: Harold Pinter. Hoy, algunas semanas después pero no demasiado tarde, quiero darme el gusto de felicitar a nuestro destacado colega y al jurado de la Academia Sueca. El *Premio Nobel de Literatura* (de Literatura) está en buenas manos.

Pero ¿por qué me he metido yo en esto de tratar de aclarar las oscuridades que nacen del afán clasificatorio? ¡Si yo abjuro de estas inflexibilidades! Tanto que cuando algún periodista me acosa preguntándome

si me considero un escritor realista, yo declaro que no, que me considero republicano. Esto sin contradecir lo que desde hace rato sostengo: que el poder de la imaginación es insuficiente para internarse y descubrir todo lo que se esconde en los meandros del infinito reino de lo real. Les ruego un instante de meditación acerca de este concepto. No sé si lo merece, pero seguramente es una confesión que sólo puedo hacer pública en lugares privados como este.

Y escapando de una vez por todas a la frivolidad de las clasificaciones y hablando ya directamente de temas supuestamente más importantes, como pueden ser los temas que tratan de lo real y de lo imaginario, me gustaría referirme a aquello que está detrás de las formas: los contenidos. Aquí me convendría continuar empleando la tercera persona. La despersonalización es más cómoda. Pero me arriesgaré utilizando la primera persona. Porque en este caso el escritor, el autor teatral, soy yo. Y es cierto que hay otros autores teatrales que escriben con el único y aceptable ánimo de despertar risas o sonrisas. Yo no los critico. Pero no es mi caso. Nunca lo fue y no creo que me quede mucho tiempo para cambiar. Mi ambiciosa y tal vez desmedida preocupación natural fue siempre —aunque quizá nunca lo haya logrado— la de ser un intérprete fiel de la realidad oculta. Del mundo oculto que nos rodea. Porque ser un modesto intérprete de la simple realidad no es el objetivo que el escritor se fija a sí mismo. El escritor —y volvemos a hablar aquí en una conveniente tercera persona— también hace uso del mismo ocultamiento. Sabe ocultar su vanidad. La misma vanidad que luce, por supuesto, el resto de la especie humana. Tal vez él sepa ocultarla mejor envolviéndola en sus ardidés artísticos, pero su objetivo es más pretencioso. Lo que él pretende alcanzar —sea esta una pretensión consciente o inconsciente— es al menos un roce, aunque sólo sea un roce sutil con las proximidades de la Verdad. Quizás él sepa que la Verdad, esa verdad de la que tanto usufructuamos

Hoy, algunas semanas después pero no demasiado tarde, quiero darme el gusto de felicitar a nuestro destacado colega y al jurado de la Academia Sueca.

El autoritarismo ha sido
siempre un cruel
inmolador de la poesía; y
nosotros nos
considerábamos poetas.

citándola demasiado a menudo..., esa Verdad... es inalcanzable. Pero él jamás deja de necesitarla. A fin de cuentas es una comprensible y loable aspiración humana. Sería una gran cosa poder observar la realidad que ruidosamente nos rodea, apoyarnos en ella y así acercarnos a la inalcanzable verdad: tal vez, modestamente, llegar nada más que a sentir su roce, aunque ese roce sea sólo algo así como el sutil roce del ala de una mariposa. Supuestamente, de este modo podríamos atravesar la vida con mayor claridad, en mayor acuerdo con ella y con el misterioso futuro. Tal vez sea esta simplemente otra utopía —tan inmodesta como aquella de Tomás Moro— imaginada para soportar mejor los embates que la marcha de la economía, la política y otras materias afines descargan sobre nuestra descuidada humanidad.

Es alrededor de estos espacios donde nace mi principal contradicción. Es aquí donde algunas veces triunfa la duda y otras la firmeza de algunas convicciones. No es

curioso que la mayor parte de las convicciones nazcan y se desarrollen con fuerza inexorable en la edad juvenil. Mi caso, por ejemplo; un caso que a mí me interesa mucho y que por eso pretendo que a ustedes también llegue a interesarles. En él asume protagonismo mi pasión por la libertad. Una pasión que nació y creció hace muchos años, en unas fechas dolorosas para España y para mí. Me refiero a los años 37, 38 y 39 del siglo ya pasado. La guerra se estaba desarrollando aquí, en vuestra tierra; pero con dolorosa impotencia también en la nuestra, y sobre todo en nuestras cabezas adolescentes. Para qué lucirme exhibiendo ahora mis juveniles pretensiones de cruzar el océano y alcanzar la costa republicana para defenderla con mis escasos 17 años. Aquella gesta personal no fue más que un cálido pero inútil deseo producto de la imaginación, reprimido por afectos e intereses familiares. Pero ella —me refiero a la imaginación— encontró un cómodo sustituto: el Teatro. Siempre me duele revi-

Escena de *Aeroplanos*, de Carlos Gorostiza.
Director, Rubén Yáñez.
Teatro Circular de Montevideo.
Sala Central Lechera de Cádiz, 1992.



Foto: Pilar Cembrero.

vir aquella época. Pero sabía que hoy, aquí, iba a sentir cierta lógica necesidad de contar cómo la rebelión franquista llegó a golpear en el plexo solar de una adolescencia que nos pertenecía. El autoritarismo ha sido siempre un cruel inmolador de la poesía; y nosotros nos considerábamos poetas. Era la época en que recitábamos en voz alta el poema de Machado: «¡Madrid, Madrid, qué bien tu nombre suena, rompeolas de todas las Españas! La tierra se desgarró, el cielo truena, tú sonríes con plomo en las entrañas». Fue entonces que personalmente descubrí el Teatro, al descubrir el PEAVA, sigla del Patronato Español de Ayuda a las Víctimas Antifascistas. El Peava había sido creado por españoles republicanos —mayoría en la comunidad española de Buenos Aires— que se reunían con el propósito de recaudar fondos de ayuda para la República Española. En aquellos años, jóvenes como yo militábamos en las calles de Buenos Aires a veces enfrentándonos con los grupos fascistas —que siempre los hubo y sigue habiéndolos en nuestra ciudad y en muchas otras— o pegando carteles alusivos en las paredes indiferentes, o recolectando por las calles paquetes vacíos de cigarrillos y chocolates cuyos contenidos venían envueltos en valiosas hojas de estaño. Estas finas hojas, apretadas en forma de precitados bollos, eran entregadas a las comisiones de ayuda a la República Española. Con este estaño fabricarían luego, del otro lado del Atlántico, es decir aquí, proyectiles para defender la República.

Fue en ese momento que descubrí el Peava. Era un salón amplio que contenía un pequeño escenario. Y ese escenario fue testigo de mi debut escénico como actor y director al mismo tiempo —no podía ser menos pretencioso a mis 17 años— frente a un público de españoles entusiastas que, repartidos en pequeñas mesas por todo el salón, digerían ruidosamente sus chocolates con churros y aplaudían no creo que nuestras capacidades histriónicas, sino nuestra generosa oferta, que era más política que artística.

Pero los recuerdos de aquella gestión tienen también matices dolorosos. Los dineros recaudados durante aquellas funciones teatrales, merced al exagerado precio establecido para consumir un simple chocolate con churros, servirían en este caso para finan-

ciar la compra de una ambulancia. Esta ambulancia sería introducida luego en España por el padre de uno de nuestros compañeros, sugestivamente apellidado Izquierdo. Don Izquierdo cumplió con su misión. Pero su regreso del campo de batalla español a los pocos meses fue silencioso. No pudimos conversar con él. Apenas pudimos verlo a lo lejos una tarde en casa de su hijo, nuestro compañero. De aquel viaje no quería hablar con nadie. Ni con su propia familia. Pasaba sus horas ensimismado, cavilando. Miraba a los demás con una mirada perdida. Había visto la guerra desde cerca y no la había podido soportar.

Después el tiempo siguió pasando, llegó la derrota de la República y el olvido de aquel hombre, olvidado como tantos hombres de entonces.

Tal vez haya sido aquella la época de mis más sólidas convicciones. Después, lentamente, arremetiendo, llegó a mi vida, imponiéndose, el tiempo de las dudas. *La duda y la elección* es el título de uno de los libros de Norberto Bobbio. Yo estuve de acuerdo con él antes de haberlo leído. Ese fue el problema de Ignacio, el protagonista de mi novela *Vuelan las palomas*; problema que hago mío, ya que me hizo compañía durante casi toda la vida. *La duda y la elección*. Se trata de la elección bloqueada por preguntas que dificultan la posibilidad de elegir; la duda ante la elección permanente y última; la duda en adoptar una decisión, ya sea por el sí o por el no, frente a la opción violenta que se nos presenta prepotente y conminatoria. En fin, la duda de ofrecer francamente, sin atajos, el cuerpo y en ciertos casos la vida. Pero en medio de la incertidumbre yo elegí otro andar para mi vida. Y mi camino, el de entonces y el de ahora, siempre, fue el de la paz. Reniego de la necedad de los hombres que cierran sus mentes impidiendo que la historia pueda fluir en paz y hacia adelante. En mi obra *El pan de la locura* un personaje dice a otro: «Hay que seguir adelante, patrona». Y el otro personaje responde: «Adelante. ¿Dónde queda eso?». Bien: tal vez ahí, en la paz, quede el adelante. Tal vez ahí no quede lugar para la duda.

Tres acontecimientos de la Historia han herido gravemente el orgullo humano y su necedad. Creo que fue Freud quien lo dijo: «El orgullo humano ha sufrido tres grandes

Hace unos años era impensable leer o escuchar en medios públicos de comunicación a empresarios, sacerdotes, militares, periodistas o funcionarios de gobiernos aceptando la existencia de inhumanos niveles de pobreza y de indigencia, y también, aunque bajando la vista, reconociendo la multitud de niños que mueren de hambre en el mismo planeta que habitamos.

Un día de estos veremos
que la memoria, eterna
como es, reaparece
actualizada revelando
la posibilidad de un
nuevo cambio
profundo y generoso.

heridas. Una: tener que aceptar, como lo predijo Copérnico, que la Tierra no sólo es más pequeña que el Sol, sino que además no es el centro del universo. Dos: como lo predijo Darwin, que el hombre es una de las especies de la familia de los monos. Y tres: como lo predijo el mismo Freud, que los hombres no somos soberanos de nuestra propia alma».

Sin necesidad y sin orgullo. Un paso atrás y dos adelante. Así marchan los hechos de la Historia. A esta altura de mi vida puedo declarar —a diferencia del gran poeta argentino Eduardo González Lanuza, quien confesó públicamente en el año 1937 que tiempo atrás él había dejado de creer en Dios para creer en la Revolución Rusa, pero que ya no creía ni en Dios ni en la Revolución Rusa— que hay hechos de la Historia en los que yo sí creo. No puedo hablar de Dios. No apareció cuando lo llamé y supongo que ha ocurrido así porque a pesar de estar en todas partes no está dentro de mí. Tal vez esté en otro lugar, interesado en ocupaciones más importantes. O tal vez esperándome.

Pero en cuanto a la Revolución Rusa tengo algo para decir. Casi todo el mundo conoce y cree hoy en la Revolución Francesa. Sin embargo, esa clara bisagra de la Historia fue oscurecida en su momento por innumerables crímenes y asesinatos que librados en su seno alteraron sus más puros principios. Fueron muchos los hombres que conspiraron en su contra. No es éste lugar para analizar las intenciones de unos y otros y las causas del origen del Reino del Terror. Pero sobre la Revolución cayó al fin la reacción. Luego, el tiempo trajo y se llevó a Napoleón y al Imperio. Hasta que un día advino y se afirmó cierto tipo de bienvenida democracia. Y hoy —el «hoy» ocupa mucho más espacio que el siglo presente— todos creen en la Revolución Francesa. O al menos la aceptan. No puede negarse que desde entonces el mundo es otro y más justo que el de los días previos a su estallido. Es más: puede afirmarse que hoy casi todo el mundo vive inspirado en aquellos puros y solidarios principios.

Bien. Ese mismo mundo no cree hoy en la Revolución Rusa. Y tiene sus razones. El tiempo de creer en un «movimiento universal de emancipación humana contra la opresión y la alienación», como fue calificado en

sus inicios; el tiempo de la entrega idealista a un proyecto generoso y altruista terminó, como la Revolución Francesa, envuelto en un vértigo de opresión y alienación tan criminal como el que pretendían combatir los iniciadores de esos movimientos.

Es por todas estas razones que declaro tener algo para decir acerca de la Revolución Rusa. Sabemos que su inspiración fue traicionada y desnaturalizada en su origen al transformarse en acciones políticas concretas, tal como en su momento le ocurrió a la Revolución Francesa. Pero entiendo que la influencia de aquella inspiración, aunque impotente y desgarrada a causa de los hechos transcurridos, aún permanece viva en el inconsciente colectivo universal. Hace unos años era impensable leer o escuchar en medios públicos de comunicación a empresarios, sacerdotes, militares, periodistas o funcionarios de gobiernos aceptando la existencia de inhumanos niveles de pobreza y de indigencia, y también, aunque bajando la vista, reconociendo la multitud de niños que mueren de hambre en el mismo planeta que habitamos.

En el año 1963 fui personalmente despedido del Canal 13 de Buenos Aires acusado de comunista debido a que en mis libros para televisión —de reconocido éxito popular— yo describía cuadros de pobreza y hasta de miseria. Es decir, porque describía la cercana realidad.

Hoy han cambiado las cosas. Fiel a su costumbre, el tiempo siguió hilando lentamente su compleja textura. Los acontecimientos ocurridos a lo largo de sus días, formados por sueños altruistas y también por traiciones, son ya irreversibles. Pero los ideales que un día se gestaron en su propio vientre no fueron a parar al cesto de los olvidados. Ahí están. Tal vez algo ocultos, pero al alcance de las buenas miradas. Del mismo modo que están a la vista los continuos e incontenibles cambios que se siguen produciendo en los sistemas que rigen la sociedad humana. Un día de estos veremos que la memoria, eterna como es, reaparece actualizada revelando la posibilidad de un nuevo cambio profundo y generoso. El mundo no se detiene. No crea porque sí sus revoluciones.

En fin..., así opino yo. Aunque no estoy muy seguro.

Esto es todo. Muchas gracias. ■